

teorema

Vol. XXXI/1, 2012, pp. 151-154

[BIBLID 0210-1602 (2012) 31:1; pp. 151-154]

REVISTA DE LIBROS/BOOK REVIEWS

The Recursive Mind. The Origins of Human Language, Thought, and Civilization, de MICHAEL C. CORBALLIS, PRINCETON, NJ, PRINCETON UNIVERSITY PRESS, 2011, 291 pp.

La búsqueda incesante de una respuesta a qué nos hace únicos como especie ha desencadenado un torrente de interrogantes que de forma inexorable ha conducido a una de las capacidades cognitivas de más alto nivel: el lenguaje. La defensa de esta capacidad como específicamente humana ha sido así sometida a debate, incidiéndose en la búsqueda de capacidades similares dentro del reino animal. Sin embargo, dar una solución a la singularidad de la especie conlleva dos aspectos implícitos que deben ser resueltos. Si suponemos que el lenguaje es una capacidad única, tenemos que establecer qué es el lenguaje, cuestión que se encuentra con la mismas dificultades que definir qué es una palabra. En segundo lugar habría que ser más escépticos y ser capaces de cuestionar ese “linguocentrismo” que predispone nuestra mirada hacia una determinada dirección. Quizá estemos pasando por alto que otra capacidad de orden superior podría ser la que sostiene otras subcapacidades, entre las que podríamos incluir al lenguaje. Es, en cierta forma, bajo la fusión de estos dos aspectos como se están conduciendo los nuevos acercamientos al estudio de las capacidades humanas y este libro es uno de los ejemplos.

Desde hace unos años, y en gran medida a partir del surgimiento del Programa Minimalista propuesto por Chomsky, se ha pasado de una búsqueda formal centrada en el código y las reglas que subyacen a éste a una búsqueda que intenta mirar desde un plano superior, más abstracto, la capacidad lingüística, insertándola en un sistema funcional que tiende a respetar determinados principios no específicos de esta facultad como los que apelan a la arquitectura estructural y a las restricciones del desarrollo (por ejemplo, eficiencia computacional) o los relativos al análisis de datos y que no son específicos de dominio. Eso ha dado lugar a la aparición de una nueva capacidad en la que pocas veces se había reparado y mucho menos ocupado el foco principal de estudio: la recursividad. En un artículo muy referido y discutido, Hauser, Chomsky y Fitch proponen tal capacidad como la única estrictamente merecedora de la denominación “lenguaje”, de ahí el nombre que le otor-

gan: “Facultad del lenguaje en sentido estricto” (FLE). Ésta sería exclusiva de la especie humana y estaría presente sólo en el lenguaje.

Esta facultad es también el núcleo de la propuesta de Corballis que, junto a ideas de su anterior libro *From Hand to Mouth. The Origins of Language* [reseñado en *Teorema* XXIII/1-3 (2004)], defiende la postura de que el lenguaje y, en particular, aquello que lo define formalmente, la recursividad gramatical, pueden ser explicados a partir de dos capacidades estrechamente vinculadas a la memoria episódica: (1) la comprensión del tiempo y la capacidad para viajar mentalmente en él, y (2) la teoría de la mente. La recursividad, y más en concreto su grado de complejidad, sería el factor diferencial entre nuestra mente y la de otras especies y se pondría de manifiesto en todas las capacidades comentadas. El desarrollo del lenguaje oral habría pasado, según Corballis, por una primera etapa manual y mímica, en la que mediante asociación se habrían ido convencionalizando los símbolos. A medida que el desarrollo gestual fue aumentando, con la aparición de gestos desambiguadores y determinados gestos faciales, en muchos casos no visibles (tales como gestos linguales), habría surgido una nueva imposición: la necesidad de hacer visibles tales gestos. Aquí es dónde el autor cree que habría surgido un inicio de prosodia que presionaría los cambios en el tracto, con un aumento del control lingual y, por tanto, del repertorio de sonidos. En la necesidad de viajar mentalmente con el fin de generar una planificación de la acción más adaptativa, y más allá del aquí y el ahora, residiría por su parte el germen de la recursividad lingüística, ya que los episodios experienciales transmitidos y compartidos resultaría socialmente beneficiosos y esto haría que esta facultad desembocase en el surgimiento del lenguaje. A medida que la capacidad de almacenaje de la memoria episódica fue aumentando y la vida social haciéndose más compleja, apareció un nuevo escenario: el cooperativo. Éste habría impuesto la necesidad de entender a los otros y por tanto la aparición de capacidades mentales que se perpetuarían mediante la noción de “nicho cognitivo”. El lenguaje, por tanto, sería el resultado de la necesidad de comunicar desde el presente eventos pasados y futuros, imaginados o reales, y producto del encuentro de mentes, que junto a factores ambientales, genéticos y sociales, se dio en el Pleistoceno. La dirección de afectación defendida es por tanto desde el pensamiento al lenguaje.

Aún a pesar de lo sugerente de sus propuestas, cercanas en algunos aspectos con teóricos de diferentes disciplinas como la lingüística, psicología cognitiva y psicología evolucionista, entre otras, quisiera comentar críticamente ciertos aspectos de la exposición de Corballis, tanto formales como de contenido. En primer lugar, me parece que el proceso deductivo es en algunos casos poco claro e impreciso. Es como si tratara que el lector construyese su propia hipótesis a partir de los datos que va exponiendo, datos que provienen del pasado y del presente. Esto da lugar a ciertos riesgos, como que la teoría construida por el lector no desemboque en la pretendida por el autor, o

bien que demos por demostradas afirmaciones en las que faltan pasos intermedios por explicar. Es el caso de la afirmación de que “En la evolución de nuestra especie, lenguaje y viaje mental a través del tiempo parecen estar unidos” [p.113] o de que “El lenguaje podría haber evolucionado precisamente a fin de que nosotros podamos compartir nuestros viajes mentales a través del tiempo [...]” [p. 113; traducción de la autora]. Es claro que una vez que tenemos esta capacidad, es útil utilizarla a tal efecto, pero concluir que en ese uso presente se encuentra su origen no es una deducción que esté lo suficientemente justificada en la obra. Creo que en este paso faltan detalles relativos a cómo llegamos a conductas de interacción, cómo pasamos de conductas imperativas a conductas declarativas, cómo pasamos de pedir a compartir, de lo visible a lo invisible. Resultaría especialmente relevante una reflexión sobre el desarrollo hasta el símbolo, es decir, cómo se inició la conceptualización y qué la hizo visible, cómo se pasó de los pseudoconceptos o conceptos internos a símbolos, o qué capacidad computacional facilitó las representaciones (capacidad que ya precisa de una cierta capacidad “meta”, la de “representar como signo lo representado en mi mente como objeto”).

Del mismo tipo son mis dudas sobre el paso del gesto al sonido. ¿Puede la función ejercer presión evolutiva para el cambio? Quizás un poco de teoría evolutiva no estaría de más para que el lector pudiese adoptar sus propias conclusiones ante ideas como ésta o la de “nicho cognitivo” (la supervivencia por herencia de capacidades cognitivas). Creo que Corballis es impreciso en todas estas cuestiones, porque a veces incluye el factor genético “puro” como posible causa del cambio mientras que otras veces prevalece la noción de las capacidades cognitivas como clave del cambio.

Se echa de menos, además, una búsqueda del origen de la intencionalidad y de la recursividad en etapas previas. Lo que quiero decir es que la acción es anterior al gesto, y que la intención podría anidarse en esas pautas de acción tempranas. La consciencia de mi propia acción para el logro de un objetivo lleva a la toma de consciencia de mi intencionalidad (¿inicio de la autoconsciencia?), y las demandas de objetivos más complejos llevan a la organización de la acción en lo que pueden ser vistas como secuencias de acciones en acciones (¿recursividad?) y/o a la consecución de un logro mediante la suspensión de la propia acción de forma directa, pongamos mediante un objeto intermediario (¿conceptualización?). Distinguir entre objetos animados e inanimados será un requisito indispensable para organizar mi acción en términos de supervivencia (¿conceptualización?). Distinguir implicará el conocimiento sobre cómo funcionan o para qué valen esos “X” del entorno, cuál es su conducta. La ventaja será la anticipación y organización de la acción (¿puede ser este el punto de origen de lo que el autor denomina “viaje mental”?). Anticipar la conducta de objetos que pueden ser etiquetados con la marca “+animado” y, más concretamente, de aquellos con los que se comparte especie impondrá un aumento de capacidades inferenciales hacia lo no vi-

sible que mueve la acción, con el inicio de capacidades de comprensión intersubjetiva (¿sujetos preteóricos?). Uno de los indicios que nos dirigen hacia este recorrido es el descubrimiento de la neuronas espejo, reseñadas por el propio autor, y que son el soporte para autores como Sommerville, Jackson y Decety de la construcción de la cognición social sobre la base representacional compartida de la realización de la acción y su percepción.

No obstante, más allá de estas apreciaciones, el texto orienta nuestra atención hacia aspectos de enorme interés y que estimulan la curiosidad. Entre tales aspectos cabe destacar la importancia de las conductas cooperativas como factor central en el desarrollo filogenético, contexto que podría explicar el éxito o fracaso de algunos primates no humanos en situaciones de evaluación, como ha señalado Hare; o el aumento en la duración del proceso de maduración ontogenética observado en primates, que puede ser clave para explicar el desarrollo flexible de la conducta y el paulatino desarrollo cognitivo, como destaca Gómez; o la referencia a las neuronas espejo, como marco acertado que inspira la idea de la confluencia de acción e intención, y me atrevo a vaticinar que el cambio de foco hacia la llamada “Función Ejecutiva”.

Quisiera destacar finalmente el excepcional sentido del humor del que está impregnado todo el libro y el esfuerzo por ser claro para ser cercano a todo tipo de lectores, a los que el único requisito que se les exige es curiosidad y ganas de pasar un buen rato.

M^a Jesús Martínez Rosas
Departamento de Filología Española / Área de Lingüística General
Universidad de Oviedo
Campus El Milán, E-33011, Oviedo
E-mail: martinezmariajesus@uniovi.es